



LA FAMILIA INDIGENTE.

¿Quién, en los crueles días del corazón del invierno, no tiene un recuerdo para los infelices sumidos en la miseria y en la desgracia? ¿Quién no oye aquí ó allá la triste historia de una familia indigente, llena de privaciones, sin alimento, sin vestido, sin salud, encerrada en el triste recinto de un oscuro desvan azotado por vientos, calado por la lluvia, sin algunos carbones que templen la crudeza de aquella mansión de la desgracia y del dolor? Uno de estos desconsoladores cuadros es el que representa la lámina que va á la cabeza de los presentes renglones. El padre, postrado en la cama, no puede siquiera hacer diligencias para proporcionar pan á su familia; la madre, casi desnuda, busca en el seno de su esposo un lugar para depositar su dolor y sus lágrimas, y sostiene al menor de los niños, que consueta á su padre con infantiles caricias; otros tres hijos se agrupan para prestarse recíprocamente calor; uno de ellos recuesta la cabeza en la cama; la niña mayor acoge á su hermano y procura resguardarle del frío; ¡qué tinte de tristeza en todas las fisonomías! Pero también ¡qué resignación en todos los semblantes! Y estas escenas tienen lugar en las grandes ciudades, tal vez en las casas opulentas, sobre la habitación del magnate, que nadando en la abundancia, apenas halla medio de gastar sus rentas, ni se acuerda de que los restos de la comida de sus criados bastarían para alimentar á una familia entera, que sin

que él lo sepa siquiera, muere de miseria veinte varas mas arriba de donde él vive en la abundancia. No hay indigencia mas horrible que la que se halla al lado de la opulencia; no hay soledad mas completa para el pobre que la de las ciudades populosas: la caridad de las aldeas con sus mezquinas ofrendas, con sus mísimos auxilios, es mil veces preferible á la filantropía de los pueblos grandes con sus pomposos establecimientos de beneficencia: allí donde hay mas, hay mas harapos; allí donde hay mas estruendo, mas alegría, hay mas abandono, hay mas lágrimas!

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

RECAPITULACION.

(Conclusion.)

Pero nada nos hará formar una idea mas cabal del estado lamentable de la policia urbana de Madrid en aquella época que el escuchar al anónimo autor del manuscrito ya citado, el cual con fecha 19 de 8 DE ENERO DE 1854.

noviembre de 1746 (el mismo en que entró á reinar Fernando VI) la reseñaba completamente en su extenso informe al gobernador, y de que extractamos los siguientes párrafos:

«Dicen los que han viajado por las cortes extranjeras que en algunas nunca hay noche, porque jamás oscurece; tanto es el cuidado de suplir con luz artificial la falta de la del sol. El pensamiento es muy racional y muy cristiano, porque la noche es capa de facinerosos... Esta providencia, que en todas las cortes es muy justa, en la nuestra es sumamente necesaria, porque en esta, mas que en otra alguna, son frecuentes los robos y los insultos, y la lobrete ayuda mucho para ellos: tambien favorece á la lascivia, y nuestra corte está en este vicio lastimoso. En atencion á esto se tomaron algunos años há distintas disposiciones; mas todas fuéron inútiles; se echaron varios bandos; mas siempre sin efecto, porque se burló de las disposiciones la inobediencia, ó fué un remedio insuficiente. Mandóse poner faroles en los balcones de los cuartos principales, y solia haber tanto claro entre uno y otro farol, que en poco se remediaba la oscuridad. Los pobres que no pueden costear esta luz estan por su pobreza exentos de la ley; y sea por esto ó por aquello, ó que se procedia con descuido, no tenia Madrid mas luz que la del dia, y por la noche apenas se distinguia de una aldea. Para ocurrir á una fealdad tan perniciosas á las costumbres y seguridad de la república, pudiera imitarse la práctica de París, donde cuelgan los faroles en distancias proporcionadas, y queda la villa, no solamente lucida, sino segura. Esto puede verificarse por asiento, etc.

«La limpieza de la corte se ha hallado hasta aqui como imposible, porque aunque se han presentado varios proyectos para su logro, no han tenido efecto alguno, y por esto no solamente es Madrid la corte mas sucia que se conoce en Europa, sino la villa mas desatendida en este punto de cuantas tiene nuestro rey en sus dominios, y es hasta vergüenza que por descuido nuestro habite el soberano el pueblo menos limpio de los suyos.»—(Aqui se estiende el autor en consideraciones sobre las malas consecuencias de tal desaseo para la salubridad pública, y otros perjuicios, entre los cuales enumera el de que el aire inficionado toma y tiñe la plata de las vajillas, los galones y los bordados de los trajes, diciendo con mucha candidez: «Un vestido de tisú que en otro pueblo pasará siempre de padres á hijos, en Madrid debe arrimarse antes del año y hacerse otro, porque con la mayor brevedad deja de ser tisú y es un tizon.

«Hace suyo á Madrid lo que se vierte por las ventanas (continúa nuestro discreto y anónimo escritor de 1746); y dícese que es muy difícil remediarlo; pero no confundamos lo difícil con lo imposible, y tengamos presente que si se quiere de veras se puede remediar: la prueba evidente es que en otros pueblos no hay esta suciedad. Sin embargo, haciéndome cargo de lo árduo de esta empresa, diré que aunque ninguno hay que no desee la limpieza de Madrid, y vitupere su piso y empedrado, estos mismos si se les incomoda con el gasto ó con la obra, serán los mayores impugnadores de su remedio. Muchas cosas sin embargo se pierden, no porque no las podamos alcanzar, sino porque no las osamos emprender; y todo lo puede vencer el espíritu y la perseverancia de un ministro sostenido por la voluntad de su rey; y á la verdad, el que consiguiese el fin, seria digno de inmortal alabanza, porque seria hacer corte á Madrid... Comprendiendo esta importancia, Sevilla, Toledo, Valencia y otras ciudades han tomado tales providencias, que solo por noticias de Madrid conocen la inmundicia; ¿pues por qué no imitemos su buen gusto teniendo tan cerca de nosotros mismos el ejemplo?»—El autor se estiende luego en tratar de este ramo de policia de las ciudades, recordando y describiendo las cloacas máximas de Roma, los comunes públicos y sumideros de Sevilla, las alcantarillas de Toledo y las grandes obras subterráneas de Valencia; y propone en su vista los remedios convenientes para imitar respectivamente á los diversos sitios en Madrid obras análogas, con lo que podria prohibirse en adelante verter á las calles, y si solo por los comunes y pozos de las casas, poniéndose en comunicacion con aquellas; concluyendo sus juiciosas observaciones con estas palabras: «Bien conozco que para todo esto es menester mucho; pero lo que no se emprende no se logra; lo que no se empieza no se acaba.»

Trata después de los caminos del término y de los paseos estramuros de Madrid, y de todas sus indicaciones se deduce la absoluta carencia que habia de ellos, y que el acceso á la capital del reino por todos lados era obra verdaderamente de ánimos heroicos. Las escarpadas cuevas sobre que asienta el Real Palacio, la de la Vega, las de las Vistillas y del puente de Toledo, estaban á lo que se infiere del autor poco menos que inaccesibles á seres humanos; no existia ninguna de las cómodas bajadas, caminos y paseos que hoy las facilitan y trasforman. Tampoco las que dan vuelta á Madrid por toda la Ronda; á la salida de la puerta de Atocha no habia tampoco el paseo llamado de las Delicias, y solo si el asqueroso arroyo ó manantial que venia descubierta por todo el Prado viejo; y además se queja el autor de

que á dicha salida hácia los hospitales se arrojaban ó depositaban los escombros de las obras, formando tales alturas que estrechaban y reducian á un callejon el camino real. Tampoco existia el canal de Manzanares, ni habia sobre el rio mas que los dos puentes de Segovia y de Toledo.—Desde el Retiro á la montaña del Principe Pio no habia tampoco paseo alguno ni mas camino que el de Alcalá y el de Francia. Tampoco la bajada al rio por la cuesta de Areneros, ni los paseos de la Florida, Nuestra Señora del Puerto y bajada de San Vicente. Por todo recreo y desahogo quedaba á los tristes habitantes de Madrid el paseo del Prado viejo en los términos en que ya le hemos descrito refiriéndonos al siglo anterior, y los jardines del Buen Retiro, aunque estos mas que paseos públicos tenian entonces el carácter de parques y dependencias del Real Sitio, en que casi constantemente residió durante su reinado Fernando VI.

Siguendo luego nuestro autor su apreciable revista, trata del empedrado diciendo: «Tambien el empedrado de la corte está tenido por una de las grandes dificultades; pocas ó ninguna habrá que tengan para ello situado tan crecido, y sin que nada la baste está una mitad mal empedrada y la otra sin empedrar. Pónense las piedras con las puntas hácia arriba porque suponen que se quebrantarian las piedras si las pusieran en otra forma; pero siendo esta forma tan ofensiva á los cascos de las bestias, vienen á causar su estrago. Aun esto se pudiera tolerar si no padeciese tambien la gente de á pié; pero se lamentan á todas horas de tener los piés mortificados por caminar por suelos puntiagudos, de que se originan molestias que si no matan atormentan. Lo peor es que ni aun á este coste se logra el intento, porque siempre tiene el suelo muchos claros. De todo esto tiene la culpa la mala piedra que se gasta y el abuso que he observado algunas veces de componer las calles con las piedras que se encuentran, sin traer otra alguna y supliendo con tierra la falta de ellas; pero si en esto se imitase la moda de París, nos fuera mas útil y acomodado que imitarla en la moda del vestido. Úsanse allí y en algunas calzadas, caminos de Francia, una piedra de figura cuadrada, del tamaño de un pié, y las colocan tan perfectamente unidas que parecen solo una, pero con una aspereza tan apropiada en su superficie, que siendo muy suave para la gente de á pié, es bastante detencion para que los caballos no puedan resbalar. No sucede con aquellas piedras lo que con las que usamos en España. Con estas se ve que en quitándose una de su lugar se lleva otras muchas tras sí por falta de trabazon: con aquellas sucede que en quebrándose una se pone otra sin que padezcan las compañeras; y tiene otra utilidad mas en este modo de empedrado, y es que gastada una piedra por un lado se pone por el otro, y vuelve á servir de nuevo; de forma que en la conveniencia y en la duracion lleva muchas ventajas al nuestro este modo de empedrar. Si esto pareciese de excesivo coste para Madrid, háganse á lo menos los empedrados por cajones, con piedras mas grandes que las que hoy se usan, las puntas hácia abajo y los anchos arriba, bien unidas y de la aspereza que se ha dicho, y puestas así en buena forma las calles, dése en arriendo la contribucion (1) de ellas, etc.»

Tras de todos estos radicales defectos de que adolecian las calles de Madrid en el pasado siglo, y como si ellos no bastasen para hacerla indigna morada de los monarcas, corte y gobierno de sus dilatados reinos, todavia describe el autor otros abusos escandalosos que acababan por darla el aspecto de una aldea miserable, ó mas bien de una burgada del interior del Africa. Sirva de muestra el siguiente, que escogemos entre otros por no cansar la atencion del lector:

«Para que sea una corte embarazosa le basta su numerosa gente, sus carrozas, sillas de mano y coches, y este es un embarazo tolerable; pero Madrid tiene otros muchos que por ningun caso toleraria la policia de otros pueblos.—Los cerdos que llaman de San Anton se han hecho famosos por la atencion que han merecido, no solamente á la corte, sino aun á la Real Cámara por via de patronato. Ellos se pasean en crecidísimo número por el lugar, sin limite conocido de la jurisdiccion, y sin que sus dueños (que son los padres de San Antonio Abad) tengan para ello mas que un privilegio mal entendido, segun dice la sala de Alcaldes, porque solo se estiende su facultad á pastar en las dehesas de Madrid. Los inconvenientes de este abuso son tan abultados que no es menester decirlos; porque todos vemos que con ellos no hay empedrado seguro; porque revolcándose en la hediondez hacen todavia peor el olor de Madrid; porque acosados y huyendo de los perros hacen caer á muchos; porque introducidos entre las mulas de los coches hacen muchas veces que aquellas se disparen; y en fin, otras perjudiciales resultas que seria

(1) Otro siglo entero ha trascurrido desde que el autor que transcribimos hacia estas preciosas observaciones respecto al empedrado de Madrid, para que sus autoridades se convenciesen de la necesidad de seguirle al pié de la letra, adoptando el empedrado de adoquines de barroquina, ó por lo menos de pedernal recortado y sentado sobre lecho apisonado. Mas á pesar de las preocupaciones y vulgaridades de los criticos de todo lo bueno, Madrid disfruta hoy en su mayor parte de esta comodidad.

razón evitar. Los tales cerdos privilegiados acuerdan (acarrear) los chirriones que sin duda se conservan por esta razón: estos, destruyendo los empedrados, producen un ruido insoportable, y parece estar reducidos á trasportar solo hasta 50 arrobas, acaso por lo mucho que pesa el carro. ¿Pues para qué se ha de conservar esta antigualla, y no se ha de examinar, oyendo á los peritos, cómo se podrá remediar esto y sustituir en su lugar lo que sea mas útil?... Buena prueba son los carros catalanes que pocos años há se introdujeron en la corte y hoy los usan todos; porque con sus tres mulas puestas una detrás de otra, y con el auxilio que facilita su construcción, traen de 80 á 100 arrobas cada uno de Barcelona á Madrid, etc.»

Entrando al fin el autor en mas amplias y trascendentales reformas, discurre luego sobre la que cree posible, la traida de las aguas del Jarama á los altos de Santa Bárbara; sobre la apertura del canal de navegacion desde Madrid á Aranjuez; sobre la ereccion de algunos edificios públicos de absoluta necesidad en una corte; sobre el levantamiento (por cierto bien escusado) de una cerca ó muralla bastante fuerte; sobre el del puente que atravesando la calle de Segovia una los barrios de Palacio y de San Francisco; sobre la rotura de los paseos alrededor de la villa, y otras obras; y en punto á buena policia propone, entre otras cosas, la prohibicion de la capa y chambergo que entonces parece era de uso casi general; la de llevar mas de dos mulas en cada coche ó carroza; el planteamiento del servicio de *fiacres* ó coches de plaza como ya existia en Paris; la reforma del ramo de abastos de comestibles como la entendian en su tiempo; la ampliacion y conclusion del pósto y alhóndiga, y la formacion de otros depósitos de aceite y carbon; y para atender á todo ello acude á las sisas de la villa de Madrid. Propone además la reforma completa del ramo de hospitales, hospicios y demás casas de beneficencia; y por cierto con muy preciosas observaciones, que han quedado sin aplicacion hasta estos últimos tiempos; y termina con ellos la luminosa memoria ó discurso que nos ha guiado principalmente en la rápida reseña que dejamos hecha de la villa de Madrid á mediados del siglo último.

Tal era (segun el testimonio fehaciente de un testigo presencial y sin duda autorizado) el estado material de la capital de dos mundos, de la que además de sus poderosos dominios peninsulares, daba réyes á Nápoles y á Sicilia, víreyes á Méjico y á Lima, gobernadores y leyes á otros muchos pueblos en las cuatro partes de mundo conocido. Solo remontando nuestra consideracion al lamentable atraso é imperfecta cultura de la época que nos ocupa, á sus escasas y mal propuestas necesidades, á la ignorancia ú olvido de los principios de una buena administracion, puede concebirse semejante abandono, tan miserable existencia en un pueblo principal en tiempos normales y abundantes, en que estaban apuntaladas las henchidas tesoreras, en que la paz interior y exterior no fué interrumpida por medio siglo.

Por fortuna de Madrid, al arribar á sus puertas el dia 9 de noviembre de 1739 el gran Carlos III para sentarse en el trono español, hubo sin duda de llamar su ilustrada y soberana atencion el ignominioso cuadro de una corte tan descuidada y poco conveniente; y á la mágica voz con que en su anterior reino de Nápoles supo imprimir su nombre y su grandeza á aquella hermosa capital, supo elevar á Caserta y desenterrar á Herculano, hizo como á este salir á Madrid, si no de sus ruinas, por lo menos de su letargo; y no solo le engrandeció materialmente con casi todos los edificios públicos de importancia, sino que creó sus establecimientos importantes de pública instruccion, correccion y beneficencia; estableció academias y museos, colegios y cátedras públicas, fundó las diputaciones de los barrios y sus escuelas, y puede decirse que tambien los póstos, los hospitales generales y hospicios, y protegió en fin de todos modos las artes, las ciencias y la laboriosidad.

R. DE MESONERO ROMANOS.

TEATROS.

LA EMPRESA NUEVA.—REFORMAS TEATRALES.

DISCURSO DRAMÁTICO-POLÍTICO.

La nueva empresa, compuesta de actores de cuya idoneidad para dirigir no tenemos todavía motivos para dudar, parece no ser en su sistema mera continuadora de la cesante. No será desde luego la rutina el mal que la detenga en las mejoras que de sus luces tiene derecho á esperar el público de la capital: seguramente que va á seguir otro camino, y que para ella estaba reservada esta peligrosa aventura de enderezar los muchos entuertos que tanto tiempo há reclaman en el teatro un caballero andante. Deseosa de innovacion y de poner en planta novedades, ha comenzado las reformas en el arte dando en-

trada indistintamente en las tres tertulias á los dos sexos. Por aquí se puede deducir que no será ciertamente el apego á los rancieros usos el que la detenga en la atrevida senda del progreso; y esta profunda combinacion que tanta parte va á tener en la suerte de las comedias, y en la resurreccion del gusto amortiguado por el teatro, nos es una excelente garantía de que no será en lo sucesivo la separacion de los sexos de las altas regiones del teatro, un obstáculo, como lo ha sido hasta ahora, al desarrollo de las facultades de los excelentes actores que pisan las tablas en el dia. Ha presidido además á esta importante innovacion el gran pensamiento que en política nos está llevando hace poco tiempo á la felicidad; habiendo comenzado las reformas por la parte mas elevada del teatro, cualquiera puede conocer que así en teatro como en política nos vienen las reformas de arriba abajo, y no de abajo arriba. Luminosa concepcion que preside á nuestra época y que aleja la posibilidad de todo exceso revolucionario. La revolucion se anuncia así en la escena como en la península poco menos que llovida, y baja cual benéfico rocío desde el trono hasta el pueblo, desde las bambalinas hasta las lunetas.

En el interin que van saliendo las demás reformas que el teatro exige, no nos causaremos de alabar este que por el presente podemos considerar como el bautista y precursor de los demás. Confusion de poderes y de atribuciones en el sistema político, confusion de géneros en un mismo teatro, confusion de primeras partes y de coristas en la ópera, confusion de sexos en la tertulia! Admirable armonía que rige en nuestra regeneracion social! Perdónennos nuestros lectores, si redactores cual somos del *Español*, no nos es posible prescindir del tono y del colorido general de redaccion, que en esta perfectibilidad nos fuerza á adoptar el progreso; y no vayan á creer que criticamos la medida de la admision de los dos sexos en la tertulia: buena nos parece hablando en conciencia, y en este artículo solo la consideramos relativamente á las demás reformas teatrales á que abre la marcha.

La empresa nueva, al entrar en el poder, y al encontrar el arte en un estado muy semejante al que presentaba la España en setiembre, no ha querido sin embargo dar su programa, apartándose en esto del uso adoptado en los países mas cultos, dejando á un lado el ejemplo vivo de la Inglaterra y la Francia, países que no nos cansaremos nunca de imitar y citar por lo mucho que se parecen al nuestro, y barrinando la práctica de toda tierra constitucional, ha asido con mano fuerte el gobernalle, ó sea timon del teatro, y ha comenzado por desarraigar abusos, cogiendo osadamente y lanzando con brazo vigoroso las bandas de los hombres entre las filas apiñadas del sexo hermoso, llevando de esta suerte á cabo la única fusion posible en el estado actual de las cosas, y la única que el pueblo conservará eternamente grabada en su corazon con caracteres de fuego, ó de cualquiera otro elemento que sirve para escribir. Ha comenzado por obrar, dejando el hablar para luego: no ha dado su programa; no ha querido prometernos que en habiendo un poco de orden y tranquilidad daria fin del teatro en seis meses, como el gobierno de la faccion, acaso porque quiere hacerlo sin decirlo, así como otros lo dicen sin hacerlo.

Pero la empresa, conociendo cuán arriesgado es desterrar abusos envejecidos, ha respetado tambien derechos adquiridos, intereses sociales anteriores á su existencia: en este sentido ha sido respetada y conservada la pintura de los coliseos, vieja, es verdad, emanacion de otra época, pero útil todavía por no haber otra que sustituirle. No basta derribar; es preciso saber qué se pone en lugar de lo que se derriba: borrada la pintura del teatro, ¿qué otra se le sustituye? Apagada la actual araña, ¿qué otra mezzquina que dé menos luz se pudiera poner de pronto? Es fuerza, señores, meditar mucho estas consideraciones antes de llegar con mano imprudente á las arañas de los coliseos. ¿A qué nos conduciria, por otra parte, el aumentar las luces en el teatro? ¿A ver mas claro el teatro, á vernos mas claros nosotros mismos? ¡Bueno está el teatro, señores, buenos estamos nosotros para vistes!

Con respecto al personal de las compañías, la oposicion con su virulenta costumbre hace á la empresa multitud de cargos, acaso no bastante meditados. Y seguramente que entrará de lleno en la cuestion, si la urgencia de las circunstancias me lo permitiera. Verdad es que las compañías estan tan lejos de completarse como el ministerio. Pero, señores, olvidamos que cuando la empresa entró en el poder, sus mas tiernos amigos la abandonaron; su tierna amiga la señora Díez se fué á Barcelona; su tierna primera dama la señora Rodriguez se negó á formar parte de la compañía so pretexto de jubilarse; el mismo tiernisimo director de escena, invitado á tomar la presidencia, se negó á partir con la empresa la responsabilidad que tomara sobre sus hombros!!! ¿Quién habia de querer, señores, entrar en unos cargos de que es imposible salir con lucimiento? La empresa de los teatros se vió pues en la imposibilidad de completar las compañías. No se arredró por eso sin embargo, y echó mano de un corista para tenor, lo digo señores con las lágrimas en los ojos, y de una segunda dama para pri-

mera, y de todo lo que encuentro en fin para todo lo que necesitaba.

Se dice que la empresa sigue los pasos de la empresa anterior, y trata de llenarnos las funciones con piecillas de Scribe, y se dice bien: pero ¡qué injusticia al mismo tiempo! se cita lo malo y se calla lo bueno: mas de una semana lleva ya la empresa de existencia; ¿y qué beneficios puede echarle en cara el público, como á la empresa anterior que nos procuraba uno cada dia, cuando no nos daba uno en cada teatro cada dia? Téngase presente pues la ausencia de todo beneficio para el público que presenta la actual empresa; y téngase en consideracion sobre todo el estado del pais, la ninguna cooperacion que en el público encuentra la empresa de los teatros, la escasez de recursos: téngase presente que las piezas que se echan son de Scribe, así como las campanas de que se hizo cargo el ministerio eran de los conventos, y que al disponer de ellas la empresa está tan en sus facultades como el otro cuando disponia de las citadas campanas: y séase indulgente sobre todo con la empresa: considérese que la empresa es otro dé los hombres de bien que tanto abundan en nuestra época, y que si no mejora, no es seguramente por mala fé, sino por no alcanzársele mas. Ella, como el ministerio, compromete su fortuna propia en la causa del teatro; y si una y otra se arruinan al arruinarse el teatro y el pais, mal se les puede acusar de mala fé, ni de no ser el uno bastante patriota, la otra bastante dramática!! Agréguese á esto que cuando el público encuentra, amen del teatro de la guerra, otro teatro mas barato á que concurrir, cual es el Estamento, de mucha mejor compañía, donde se oye mucho menos el apuntador, y muy mas rico de luces que las del Principe y de la Cruz, y donde está viendo representarse hace unos dias la funcion nueva que tanto llama la atencion de la capital, titulada *Los amigos intimos*, es imposible que la empresa de los teatros trate de hacer esfuerzos inútiles para luchar con tan poderoso rival, esfuerzos que solo servirian para poner en claro su impotencia.

La empresa ha empezado su administracion dramática con *La Reina de quince años*, con *Las gracias de la vejez*, con *Luis XI*.

Nótese bien, señores; la empresa se apoyaba en la bizarra jóven la señora Perez, que le acaba de llegar de las provincias, y que debia de estrenarse en esas piezas, jóven precedida de una reputacion brillante, jóven ajustada para hacer papeles de jóven vieja, jóven, en una palabra, y perteneciente á la nueva generacion. ¿Qué mas podia hacer la empresa? ¿Podia ella adivinar... podia... La empresa, señores, no ha tratado de emplear á ningun amigo, á ningun pariente suyo: la empresa cifraba toda su ventura en poseer el corazon del público; la empresa ha puesto los medios; y si los resultados no corresponden á sus deseos, á su desprendimiento, á su generosidad, ¿suya será tambien la culpa?

¿Y qué tiene en fin, señores, *La reina de quince años*? ¿Qué tiene *Luis XI*? ¿Tambien son malas *Las gracias en la vejez*? ¿Qué le falta á la señora Perez? Examinemos esos tres cargos; pero ya veo los periódicos, señores; ya leo... y confieso que me hace derramar lágrimas, y enternecido tal cual estoy suplico solo á mis tiernos lectores que me dispensen si no puedo continuar, y si me ve forzado á dejar para mañana el exámen de esas tres dramáticas novedades.

FIGARO.

NAPOLEON.

En el número anterior consagramos una lámina al gran Federico de Prusia; en el presente dedicamos otra á Napoleon: hay no pocos puntos de analogia entre estos dos hombres privilegiados. Federico II, sin embargo, todavia necesita una biografia; la tradicion no trasmite hasta el vulgo mas que su nombre; pero ¿la necesita Napoleon para que todo el mundo sepa su historia?

OCHENTA Y TRES ESCALONES.

CUENTO.

(Conclusion.)

En esto se presentó en la puerta del salon principal una anciana profremente vestida, cuyas facciones desencajadas revelaban un dolor profundo, luchando con dos criados que querian detenerla.

—Necesito ver al punto á la excelentísima señora condesa. Me va en ello mas que la vida, gritó logrando desasirse de ellos y corriendo hácia la señora de la casa.

La condesa, que era bondadosa en sumo grado, no se enfadó como debiera al ver semejante atrevimiento; pero todos sus convidados miraron con estrañeza aquella mujer, que tan bruscamente se introducía en las reuniones de una clase que tan distante estaba de la suya.

—¡Señora condesa! ¡señora condesa! dijo la anciana cayendo de rodillas delante de ella. ¡Salve V. E. á mi hijo Félix! sálvelo V. E.!

—¿Qué es esto, Luisa? exclamó la madre de Julio reconociendo en la mujer que estaba á sus plantas la esposa de uno de sus arrendatarios.

—Que la justicia lo anda persiguiendo, dijo la pobre madre con angustia.

—¡Jesús! ¿Qué ha hecho?

—Ha sacado de su casa una jóven de quien estaba enamorado, y á quien su tutor queria casar contra su gusto.

—¡Dios mio! ¡qué infamia! exclamó la buena señora indignada.

¡Un raptó!

—Un raptó. ¡Jesús! ¡Jesús!

—¡Un raptó! exclamaron todos indignados.

—¡Yo no puedo apadrinar semejante infamia! continuó la condesa.

¡Pobres padres! en qué situacion se hallarán sin su hija!

Y la concurrencia entera, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, solteros y casados, repitió condolidamente y horrorizada:

—¡Qué pilló! ¡Qué pilló! ¡Pobres padres!

Luisa, muerta de vergüenza y desesperacion, no acertaba á hablar.

—¡Por Dios, señora! exclamó al fin, ¡salve V. E. á mi hijo, á mi hijo! Somos pobres, no podemos nada... Solo en V. E. esperamos.

La condesa, sin contestar, hizo una seña á un criado, é indicándole con el dedo á la angustiada madre, le dijo con frialdad:

—Acompaña á esta buena mujer.

La desventurada Luisa, presa del mas horrible dolor, salió de la estancia sin desplegar los labios.

—¡Qué picaro mas redomado ha salido ese Félix! exclamó la condesa cuando la vió desaparecer, mientras en un grupo de jóvenes decia Federico recordando la aventura de su amigo:

—¡Qué calavera tan gracioso es este Julio!

VI.

JUSTICIA DE LOS HOMBRES.

La primera parte de la promesa de Julio estaba cumplida. Restábase ofrecer á sus amigos la campestre diversion que les habia prometido.

Las almas sensibles y tiernas, los corazones cándidos y puros, gustan de los sencillos placeres que brinda la naturaleza, del suave murmullo de las fuentes, de la sombra de los árboles, del blando aroma de las flores, de los cantos de los pájaros. Por eso Julio habia reunido en su quinta todas estas cosas, y se complacia en contemplarlas con sus amigos, jóvenes llenos de nobleza y de pensamientos elevados.

Nada mas suntuoso ni de mejor gusto que aquella casa de recreo y los jardines que la cercaban. A la izquierda de estos se veía un pequeño trozo de tierra de pan llevar. Allí ganaba el suyo y el de su familia, regándolo con el sudor de su frente, el honrado padre de Félix, el mas pobre de los arrendadores de la condesa, que vivia con su mujer y sus hijos en una casilla que en medio del campo se elevaba, y allí veía pasar los dias, privándose hasta de lo mas necesario para proporcionar á su hijo una mezquina pension con que atender en la corte á los gastos de su carrera.

¿Cuál seria la desesperacion del pobre viejo al ver entrar en su casa á Félix é Isabel, y al saber de su boca que la justicia les perseguia de cerca?

Desde el amanecer habian llegado á la quinta el conde y sus amigos, y la orgia comenzada entonces, estaba en su punto culminante al sonar las tres de la tarde en el reloj de la inmediata aldea.

Julio era el héroe de la fiesta. Todos los brindis se dirigian á él; todos celebraban sus chistes, y hasta uno de entre sus compañeros que se picaba de poeta, le ofreció poner en octavas reales la historia de sus amores con Juanita.

—¡Sabes que es una lástima haber dejado tan pronto á esa chical! dijo Federico. La vi por vez primera en casa de una modista, que le habia encargado la *construccion* de algunas camisas, y á no saber que era cosa de Julio, os aseguro que hubiera emprendido su conquista al dia siguiente.

—Que necios sois! ¿Crecis que se puede querer á una misma dos dias seguidos? Eso es exigir á la naturaleza humana mas de lo que puede dar; es pedir peras al olmo, y nieve á este vaso de Jerez, dijo gravemente el conde bebiéndoselo de un solo trago.

—¿Pero qué has hecho de ella?

—¿Dónde la has metido?

—La dejé en libertad de tomar el camino que mejor le pareciera.

¿Quién es ha dicho que trato de tiranizar á nadie?

—¿Es decir qué habrá vuelto á su casa?

—¿Sabes lo que noto, Federico?
 —¿Qué?
 —Que te ocupas demasiado de Juanita.
 —¡Pura filantropía! dijo otro de los comensales de Julio. A la salud de Juanita!
 —¡A la de su novio el zapatero! gritaron todos los demás en coro.
 —¡Callad! exclamó el conde consiguiendo dominar la vocería de sus amigos. ¿No veis que se nos va á escapar Federico del interrogatorio comenzado?

—¡Que se le interrogue!
 —¡Que se le acuse!
 —¡Que se defienda!
 Los chillidos cesaron por un instante.
 —Vamos á ver, Federico. ¿Por qué deseas tanto saber el paradero de esa muchacha?
 Aquel á quien iba dirigida esta pregunta solo contestó echándose al colete un vaso de Madera.
 —Te comprendo. ¿Quiéres que te presente á ella? dijo el conde



(Napoleon.)

riendo á carcajadas. Siempre te recibirá mejor si vas recomendado por un amigo.

—Como quieras, contestó Federico encogiéndose de hombros.

—Sed testigos de su desagrado y de mi generosidad. Te regalo á Juanita.

Los aplausos y los bravos con que fueron acogidas estas palabras atronaron por un momento la quinta.

—Mañana te llevaré á su casa si lo deseas.

—Bueno.

En este instante aparecia en la puerta de la estancia un celador y algunos agentes de policía.

—¿Qué buscáis aquí? dijo el conde tranquilamente sin levantarse de su asiento. ¿Cómo os han dejado pasar esos imbéciles criados?

—Ellos no tienen la culpa; han tenido que obedecer á la fuerza contestó el celador.

—¿Y qué queréis?

—Vengo encargado de la prision de un criminal que debe estar oculto por aquí, y necesito registrar la casa.

—Aquí no hay nadie oculto.
 —¿No es esta la quinta del conde de...
 —Esta es mi quinta en efecto.
 —Perdone V. E. si no le he hablado con todo el respeto que se merece, dijo el celador descubriéndose con humildad.
 —Su ignorancia lo disculpa. ¿Y quién es ese criminal?
 —El hijo de un arrendatario de V. E. que ha robado una muchacha de casa de su tutor.
 —¡Ah! Félix. Buena pieza es! Venid acá todos, añadió acercándose á una ventana que daba al campo. ¿Veis aquella casita que se descubre allá abajo?
 —Sí, señor excelentísimo.
 —Allí debe estar. Es la casa de su padre.
 —Voy volando allá.
 —¿Para qué? Haga Vd. que vayan cuatro ó cinco de esos muchachos, y quédese aquí hasta que lo traigan bebiendo un vaso de vino.
 —Agradezco mucho la atención de V. E. ¿Pero y si se escapa?
 —¿Qué ha de escaparse? exclamó Julio casi beodo. Con cuatro lacayos menos fuertes que esos chicos sujeté instantáneamente al sereno la noche que robé á Juanita.
 —¿Fué V. E.?
 —Sí. El lance fué de lo mas chistoso que puede darse.
 —¡Mucho! ¡Mucho! dijo el celador aplaudiendo con toda su alma.
 —¡ Amanecer helado el pobre diablo! exclamó uno.
 —Abandonar á la muchacha á los dos días de sacarla por fuerza de su casa!
 —Vamos, vamos, señores. Dispénsese V. E.; pero no quiero detenerme hasta prender á ese tunante de Félix. ¡Cuánto siento perder la ocasión de oír contar al mismo señor conde ese chistosísimo lance!
 Y después de saludar humildemente, salió con sus polizontes en dirección de la casa del pobre estudiante.
 —¿Por qué has hablado con tanta afabilidad con ese *policiaico*? dijo Federico.
 —Porque tuve cierto miedo cuando entró.
 —¿Miedo? ¿de qué?
 —De que me buscarán por el lance de Juanita y el sereno.
 —¡Bah! ¡bah! ¿Qué tiene eso de malo?
 —¡Una modistilla!
 —¡Un tío cualquiera!
 —¿Por qué no cerró mejor su habitación y no hubieras penetrado en ella?
 —¿Por qué no iba provisto de un brasero para no helarse, si por acaso alguno lo arrojaba atado de piés y manos en el arroyo?
 Un cuarto de hora después, Félix pasó maniatado por delante de las ventanas del comedor, rodeado de agentes de policía, y seguido á lo lejos de sus padres y hermanos que regaban la tierra con lágrimas. En cuanto á Isabel, había conseguido ocultarse.
 El conde y sus amigos no pudieron ver á Félix. La borrachera había llegado al último período, y los que no estaban debajo de la mesa, yacían sin conocimiento en las butacas que la rodeaban.
 ¡Hurra por las costumbres inglesas!

VII.

AL DIA SIGUIENTE.

Al día siguiente Federico y Julio llamaban á la puerta del cuarto de Juanita.
 —¿A quién buscan Vds., caballeros? preguntó la vecina de la buhardilla de enfrente.
 —A Juanita la modista.
 —Se la han llevado ayer al hospital.
 —¿Está enferma?
 —Se ha vuelto loca.
 —¿Está Vd. cierta?
 Así me lo ha dicho el zapatero de la buhardilla del núm. 8, que vino á despedirse porque ha sentado plaza.
 —Gracias, señora.
 —Vayan Vds. con Dios, caballeros.
 Los dos amigos comenzaron á bajar la escalera.
 —¡Vaya un lance! No merecía la pena de haber subido noventa y siete escalones.
 —¡Es particular! murmuró Federico preocupado. Yo creía que estas locuras repentinas eran invención de los dramaturgos modernos. ¿Vienes á comer conmigo?
 —No: tengo que hacer una visita á mi futura. ¿No es verdad que es muy linda y muy bien educada?
 —Todos lo creen así.
 —Dentro de ocho días me caso. Voy á ser el hombre mas feliz de la

tierra. A propósito: de hoy en un mes es mi cumpleaños, y quiero que tengamos una sonada. Espero que no faltarás con la Clara si te dura para entonces: yo no he pensado todavía si llevaré á Pepita ó á Adela.

Entre tanto Félix estaba en la cárcel. Isabel, sus padres y sus hermanos lloraban sin consuelo.

VIII.

JUSTICIA DE DIOS.

La estancia está oscura; el sacerdote acaba de retirarse, terminados los deberes de su ministerio; el moribundo está tranquilo y resignado; espera en Dios. Su tierna esposa, sus hijos y sus hermanos menores lloran hincados de rodillas en derredor de la cama cubriendo de besos sus heladas manos.

¡Cuadro terrible y desconsolador!

Han pasado algunos años. Ese anciano de blancos cabellos que bendice á sus hijos antes de volar á la presencia del Eterno, es Félix.

Va á morir; y aguarda sonriendo la muerte: va á separarse de sus hijos; pero sabe que hay un cielo donde se reunirán todos los justos. Su conciencia está tranquila.

Isabel y sus hijos esperan también. Lloran solo porque van á pasar algunos días separados del que tanto quieren.

El moribundo hizo una señal á los que lo rodeaban, y todos ahogaron los sollozos para escuchar sus últimas palabras.

—Muero... pero tranquilo... He trabajado mucho, y vuestra suerte está asegurada... Sed honrados... y... Adios... Isabel... hijos míos... ¡Qué feliz soy!

Y su vida se extinguió blanda y dulcemente, sin dolores, sin convulsiones.

Era una luz que se apagaba.

¡Qué feliz!

Casi al mismo tiempo, en una magnífica alcoba, donde parecían haberse agotado todos los inventos del mas afinado lujo, otro anciano, en cuyo rostro livido se descubrian las señales del vicio y de la intemperancia, moría presa de los mas horribles tormentos, asistido por multitud de criados de rica librea, que le presentaban los medicamentos en vasos de oro, primorosamente cincelados.

Este anciano era el conde Julio.

Ni una mano que estrechase su mano, ni una boca que pidiese á Dios su misericordia, ni unos ojos que vertiesen lágrimas por él.

Solo! y solo en medio de su casa, en medio de sus riquezas, en medio de su familia!

Su esposa, aquella cándida virgen que conocimos en el baile de la condesa, debía muchas visitas y no podia prescindir de pagarlas. Volvió cansada de la calle, y no se encontró con fuerzas para cuidar á un enfermo. Por otra parte, ¿ella no era suficientemente rica para comprar cuidados? Segura estaba de que sus sirvientes no dejarían de cumplir una de las órdenes del médico.

Es una dicha ser rico. Dinero! dinero! dinero!

Julio tenía también una hija, un ángel de humanidad y de candidez, el vivo retrato de su madre cuando jóven; pero desgraciadamente padecía de los nervios, y estaba tan *impresionable*, que no se atrevía á entrar en la alcoba de su papá por temor de ponerse mala.

Tenía además dos hijos. ¡Gallardos mancebos! ¡Retratos de su padre cuando jóven! Calaveras como él; pero mas graciosos, al decir de su mamá. Se habían recogido á las seis de la mañana, y dormían profundamente.

Si no, ¿cómo dejarían morir, solo y abandonado, al que les dió el ser, la educación, y un digno modelo que imitar?

Una horrible convulsión se apoderó del moribundo, que miraba á todas partes con ojos desesperados, ansioso de ver unos ojos que llorasen, un rostro que espresase algun sentimiento por su muerte.

En vano.

Y sin embargo todo lo puede el dinero.

Todo, sí, menos dar la felicidad.

Julio preguntó por su mujer y sus hijos; dijo que quería verlos y despedirse de ellos en su última hora.

Un criado le hizo observar que la señora estaba cansada, la señorita *impresionable*, y los señoritos dormidos, siendo sus órdenes por lo tanto imposible de cumplir.

Entonces la rabia y la cólera se apoderaron de él, y haciendo un esfuerzo para levantarse, espiró en medio de los mas atroces martirios murmurando una blasfemia horrible y repugnante.

Qué desdichado!

CUADRO DRAMÁTICO.

UN CRIADO. El señor conde ha muerto.

LA VIUDA Y LOS HIJOS. (*aparte, enjugando una lágrima que no piensa salir.*) ¿Dónde estará el testamento?

LA HIJA. (*aparte con candidez.*) A Eduardo le gusta lo negro. Voy á parecerle muy bien de luto.

CONCLUSION.

Así terminaron su vida Félix y Julio. La distancia que entre ellos medió al principio fueron ochenta y tres escalones. ¡Cuánto se aumentó al fin!

DIEGO LUQUE.

LAS FIJAS DE MIO CID. (4)

I.

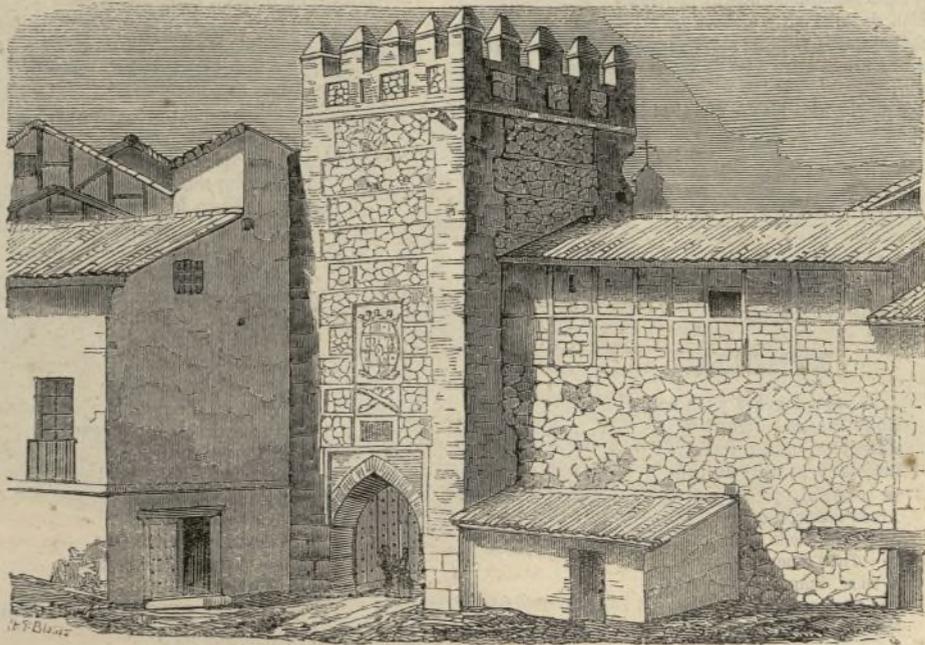
Mio Cid el quen buen hora náscio, conquirió á Valencia e las tier-
ras que y son e priso grandes ganancias de oro e de plata e de pieles
e de mantos, á tal que non habie cuenta. Esora fuese conseiar con
Minaya Alvar Fanez, un caballero de prestar quel mucho querie, e
fabiolo desta guisa:

—Grado á Dios, Minaya, ondra e haberes hemos ganado en Valen-
cia la casa! Enviar vos quiero a Castiella la gentil con nuevas desta
ricad, ca mi mugier e mis fijas habran sabor deste mensaie. Airome
el rey Alfonso e echome de la tierra a grant fonta e por conseio de
mios enemigos malos; mas non he rencura por ende, quel es mi señor
natural. Liebelde en don cien caballos corredores e fuertes, todos con
siellas e frenos e sennas espadas colgando de los arzones, e la mano
le besad por mi, ca so buen vasallo e non precio un figo los haberes
sin la ondra. Decilde que la mi mugier Doña Ximena e las mis fijas
Doña Sol é Don' Elvira quiera soltarme, ca lorando de los sos oios
fincan luengos annos en Sant Pero de Cardena e non es ley que mug-
ier é fijas me tuelle con la hacienda e la ondra. E si oviese merced
de soltarmelas, aduxildas convusco e trataldas como a duenas de pró.
Vedes aqui de oro e de plata una bolsa lena: en sancta Maria de
Burgos quitedes mill misas e lo que remaneciére dalgelo al Abbat Don
Sancho porque ruegue por mi las noches e los dias.

—Esto faré yo de buena voluntad, respondió Minaya sonriendo
fermoso, ca habie grant placer de servir al que en buen hora cinox
espada.

Adelinó Minaya pora Castiella liebando en su compana cien ho-
mes que Mio Cid le dio, e en legando á Burgos, demandó por Alfonso
do le podrie fallar, e dixeronle quel rey era en Sanctfagunt.

De misa era exido el buen rey e esora legaba Minaya Alvar Fanez



Puerta de Malacuera (Torrelaguna).

e ficando á sos pies los hinoios ante tod' el pueblo, besabale la mano
e fabló cuemo oldredes:

(4) Creemos no desagradará á los lectores del SEMANARIO el escrito que hoy les
ofrecemos. Viene á ser un extracto de la parte mas interesante del *Poema del Cid*,
en el que no hay una voz ni una locucion que no esten justificadas en el original.
Para llevar á cabo este, cuando menos curioso trabajo, hemos tenido que aprender,
digámoslo así, el lenguaje del *Poema del Cid*, es decir, el idioma del siglo XI, la
lengua castellana en sus primeros albores. Ciertamente bien merece tareas de esta es-
pecie el *Poema del Cid*, esa venerable decana de nuestra literatura, donde, como
dice uno de sus comentadores, aparecen el Cid y los personajes mas famosos de su
época en toda su sencillez, con sus ferreas armaduras, sin ricas cimieras ni costosas
sobrevestas, con la cabeza erguida á fuer de valientes hasta en la adversidad, con la
confianza en el cielo siempre viva, con la fé y el amor en el corazon, siempre gene-
rosos, caballeros siempre, y dispuestos á morir por su Dios, por su rey y por su
dama. El autor del *Poema del Cid*, ese poeta cuyo nombre se ha perdido al atra-
vesar las tinieblas de los siglos que entre él y nosotros median, el poeta que acaso
dolió la rodilla ante el glorioso caudillo castellano, viéndole partir al destierro, no
cubierto de ignominia, sino coronado de gloria; ese poeta, rudo sí, como los hombres
de su tiempo, pero ingenio y entusiasta y buen cristiano como los héroes de la *be-
llida barba* y la *furdida lanza*, bien merece ser leído y estudiado con detencion,
porque nadie como él nos da á conocer las costumbres, el carácter y el idioma de la
edad de hierro en que le cupo vivir. Quizá el trabajo que hoy publicamos, en el que
aparece el doloroso episodio de las hijas del Cid despojado de las redundancias y la
inconexión que hacen poco menos que imposible la lectura seguida del citado poema,
contribuya á despertar la afición al estudio de la rústica pero venerable *llada* caste-
llana. De todos modos, le ofrecemos sin ningun género de pretensiones literarias, con-
sando que en él hemos ejercitado la paciencia mas bien que la inteligencia.

—Merced, señor Alfonso, por amor del Criador! Mio Cid vos besa
las manos e los pies mager le echastes de la tierra e ondra e haberes
le quitastes! Ganado ha, sabet, a Xerica, e a Almenar, e a Peña-
Cadiella, e a Murviedro e a Valencia la maior, e arrancó cinco lides
campales e fizo grandes ganancias. Verdad vos digo, rey Alfonso, é
afebos aqui las señas: cien caballos gruesos son con siellas e frenos to-
dos bien guarnidos. Prendeldos vos e habet por vasallo a Mio Cid el
lidiador famoso, quel vos los endona.

Esora alzó el rey la mano diestra sanctiguandose de tan fieras ga-
nancias cuemo ficiera el Campeador e dixo al bueno de Minaya:

—Así me vala Sant Esidro, plazme de corazon esta presentaia, e
aun mas las buenas haciendas quel Campeador face en la tierra de
moros. Prendo estos caballos quem' embia de don, e amor e heredades
le daré cuando torne a Castiella.

¡Dios que alegre fué Minaya en oyendo hablar desta guisa al
buen rey!

—Por merced vos pidé el Cid, dixo, que le soltédes la su mugier
Doña Ximena e sus fijas amas quen el monesterio de Cardena dexó,
porque vayan á Valencia do las espera.

—Eso faré yo de grado, dixo el rey, e las mandaré dar conducho
mientras que por mis tierras fuesen, e catad cuemo las sirva des. Oidme
escuelas e toda la mi cort. Non quiero que nada pierda Mio Cid el de

Bibar nin los que son con él. Sueltoles todo lo que les quité, e a mas, libroles los cuerpos e de mi seran quitos todos los que quieran ir a servirle.

E el rey sonrisaba tan belidamiente fablando, e otro si el bueno de Minaya e muchos fijosdalgo que y eran.

Esora fablaron en poridad los infantes de Carrion Diego e Ferrando que eran en la compana del buen rey, e catad cuemo dexian:

—Mucho crecen las haciendas de Mio Cid. Bien casariamos con sus fijas e él nen osarie nos las negar si por nos le ruega Don Alfonso, ca de natura somos de los condes de Carrion.

Minaya Alvar Fanez espidios' del buen rey e los infantes dandole iban compana fata sant Pero de Cardena, e amos le dexian:

—Saludalnos á Mio Cid, ca nos somos en so pró cuanto lo podemos far.

Quien podrie contar el gozo que ovieron las duenas cuando vieron asomar al bueno de Minaya e cuemo le demandaban nuevas del Campeador!

—Omillome á vos Doña Ximena e a vuestras fijas belidas, dixo el buen Minaya. Saludavos Mio Cid alla en Valencia do bueno le dexé. Sabet que Don Alfonso soltado vos ha por merced e el Campeador membria por liebaros a Valencia do mucho querie tornar a veros.

Grandes gozos facien Dona Ximena e las sus fijas amas cuando ovieron tan buenas-nuevas.

Quinientos marcos de plata dio Minaya al abbat Don Sancho e fuese pora Burgos e quito mill misas en Sancta Maria, e aduxo palafrés e mulas con los meiores guarnimientos que y habie.

Hyas' espiden de san Pero e piensan de cabalgar Minaya e las duenas. Veriedes caballeros venir de todas partes por daries compana e cuemo mugieres e homes exien á las finiestras e lorando de los oios dexian una razon:

—Hyas' van la mugier e las fijas de Mio Cid! Dios e los sos sanctos las curien de mal!

(Continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

A la Excm^a. señora Doña Maria Encarnacion de Cueto, Duquesa de Rivas, en la amena tertulia literaria del señor Duque, su esposo.

LETRILLA.

¡Tú, tan ingénuo y tan franca,
Entre tales embusteros!
Antes tomando una tranca
Debieras vengar los fueros
De la verdad, que suspira
Atada codo con codo
Aquí donde todo, todo,

Todo es mentira.

Yo sé, Duquesa, y tú sabes
Que estas mentiras rimadas,
Menos que pecados graves
Son lindas inocentadas.
Miente mas el que conspira
Contra el mismo á quien halaga;
Bien que este no le va en zaga...

¡Todo es mentira!

Que en el mundo de la prosa
¡Hay tanto Bellido Delfo!...
Mas en la mar borrascosa
De ese mundo no me engolfó.
De ella el tedio me retira,
¡Y dicha fuera al dejarla
Poder decir: todo es charla!

Todo es mentira!

Torno á tus lares indemnes
Mientras averigua Vargas
Tantas mentiras solemnes;
Tantas verdades amargas;
Pero, aunque lance la vira
Contra el gremio á que me afilio,
Ello es que en este concilio

Todo es mentira.

Y gracias que los poetas
No son, como antes, paganos:
Mienten sus trovas discretas,
Pero son buenos cristianos.

Hércules y Deyanira,
Lo decimos ya á una voz,
Vénus, Jove, Marte atroz;

Todo es mentira.

Mas Belardo, que á su huerto
Dedica tan bella estrofa,
En distinguir no está cierto
De una col una alcachofa;
Esotro brama... sin ira;
Aquel, que de amor se inflama,
Forja en su mente la dama:

¡Todo es mentira!

¿Y dónde la trompa está,
La flauta de los idilios,
El arpa, ¡búscala ya!
Y los demás utensilios?

¿Qué es del plectro y de la lira,
Ó si quier gaita y zambomba,
Y el cimbalo que rimbomba...

¡Todo es mentira!

¿Y cómo á los que oro y perlas
Derraman en sus vocablos
No les ocurre venderlas
Y salir de pobres diablos?
¿Y aquel que viaja á Palmira
Y á Menfis... en su butaca?
¡Ya quisiera á Carratraca!

Todo es mentira!

De la ambrosia celeste
¿Dónde dejásteis el jarro?
La habeis reemplazado ¡oh peste!
Con el humo del cigarro.

¿No veis que una dama aspira
Esos hálitos siuistros?
Solo ese humo de los vuestros

¡Ay! no es mentira.

Mas ¡alto! que aunque embusteros,
Por lo que teneis de vates,
Blasonais de caballeros,
Y á porfia en los quilates.
Bondad es solo de *Amira*
Lo que parece desman.
La ama y respeta el Divan.

¡Oh! no es mentira.

Ella imprevista os sorprende
En el torpe chupeteo;
Mas el humo no la ofende;
Que, como el astro febeo,
Purifica cuanto mira
Y lo ilustra y lo embelesa;
Porque es ¡toda una duquesa!

Y no es mentira.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Madrid 12 de noviembre de 1835.

AL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE NAPOLEON I.

SONETO.

El águila caudal dejando el Sena
Bate sus alas al rayar el día,
Y de los aires la region vacía
Mide veloz con majestad serena:
Baja y tiende la garra en Santa Elena
Con que la Europa un tiempo estremecía,
Pugnando por alzar la losa fria
Que yerta cubre al vencedor de Jena.
Suspende al fin el mármol atrevida
Mirando absorta con turbada frente
¡Tanta grandeza en polvo convertida!
Y aunque el estrago de sus triunfos siente,
De BONAPARTE el nombre al sol levanta,
su muerte llora y sus victorias canta.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.